

5. Antropología de la dama barroca: su divinidad y sus faltas

El estudio de la mujer ocupa un lugar importante en la historiografía actual. Destacan autores como N. Z. Davis (1976) o M. Aurell (2001). No obstante, todos ellos tienen magníficos precedentes en el estudio de la mujer en la sociedad, su figura y género en Plutarco, Francesco da Barberino (*Reggimenti e costumi di donna*, siglo XIV), Christine de Pisan (*La cité des dames*, 1405)¹, Boccaccio (*De claris mulieribus*, 1539), Dolce (*La educación de las damas*, 1545), Domenichi (*La nobleza de las damas*, 1549), Thomas Heywood (*A woman kilde with kindnesse*, 1603; *The rae of Lucrese*, 1608), Pierre de Bourdelle, señor de Brantôme (*Les Dames*, 1665-66), F. Poullain de La Barre (*L'Education des dames pour la conduite de l'esprit dans les sciences et dans les moeurs*, 1674) o autores como Abbé Joseph de La Porte y Jean-François de La Croix (*Historie littéraire des femmes françoises*, 1769). Todos ellos han abordado el tema de la mujer desde una perspectiva social y a su vez histórica, como lo hará también Nicolas Faret.

Natalie Z. Davis (1976: 84) opina que este corpus bibliográfico sobre el tema femenino, a pesar de sus limitaciones, quedó impreso en el contexto de la época. En él se relegó a segundo plano la importancia que tienen las funciones de los sexos en la vida social y en el cambio histórico. La mujer quedó aceptada como un personaje de gran importancia en la vida pública y quedó en la corriente central de la historia. El texto de Faret, como manual de cortesía, permite percibir cuál era la visión que nuestro autor tenía del papel de la dama y de su significación en la Corte francesa. Se debe diferenciar este reducido grupo social cortesano de 'la mujer del pueblo', en cuanto a que sus límites de actuación estaban bien diferenciados, y reducidos en gran medida en determinados aspectos. En pleno siglo XVII en la mayoría de las regiones europeas las mujeres de los grupos sociales elevados se muestran como un

¹ B. Anderson y J. P. Zinsser (1992: t. II, 387-89)

sexo activo y respetado, que con voz y voto era capaz de incidir en temas tan delicados como el de la sucesión hereditaria. Por ello el estudio de sus funciones impone exigencias de interdisciplinaridad metodológica que logren poner al alcance del investigador nuevos cuerpos de materiales originales (Davis, 1976: 90-93).

Las relaciones entre las damas de Corte, la reina y el resto del grupo palaciego debían quedar bien establecidas. Consciente de ello, Faret no duda en abordar su conducta comunicativa, oral y estética, y valorar sus respetos así como criticar sus defectos. La mujer, como objeto de su estudio, no es presentada como un ente pasivo sino más bien como un generador social y animador de las aburridas y sosas rutinas palaciegas. La transformación de la nobleza guerrera en cortesana hace que ésta quede sumergida en un éxtasis de romanticismo (Elias, 1993: 286-89), visión utópica de la vida libre en el campo y en la añoranza de la vida caballeresca, muy bien representada en la figura del gran Amadís. Los nobles y sus damas buscan en el juego, en la diversión y en su estética el recuerdo de esa antigua autonomía, ahora limitada por el autocontrol que les imponía el Estado en su quehacer diario en palacio (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 5-8).

Claro ejemplo de todo ello es la escena gráfica en la que Galatea -una ninfa que según Elias (1993, 340-41) representa a la gran dama Margarita de Valois-reprocha al pastor Calderón -representante de la nobleza de rango inferior- su ingratitud e indiferencia hacia ella. Sin embargo éste le replica que no es un desmán, sino deber hacia ella. Este pasaje refleja la protesta de la nobleza que se siente encerrada contra el ethos gran-cortesano (Elias, 1976: 341). La alta-dama representa a este segundo, es decir, a la sabiduría mundana. La propia Margarita de Valois (1842), en sus *Oeuvres* editadas en pleno XVII, muestra una relación similar entre la gran dama cortesana y el sencillo caballero, aunque en este caso el final es feliz. Nicolas Faret reserva un espacio a un ejemplo semejante cuando nos habla de las mujeres honradas (Ambrosio de Salazar, 1633: XIV-i):

Y es menester ser bien rústico y más brutal que los osos, por no tratar las mujeres honradas con la misma reverencia y por no abastecer no solamente contra ellas, pero ni aún en su presencia de no dejar escapar ninguna palabra ni pensamiento de que el sentido se pueda volver a alguna sucia interpretación.

Se observa la importancia de la mujer en palacio donde sus nobles han sido despojados de sus funciones caballerescas, a pesar de que todavía durante el reinado de Luis XIII mantenían cierta independencia al no estar centralizada plenamente la Corte (Elias, 1993: 260). Faret advierte de qué manera se puede adquirir la estima en el ámbito cortesano (Ambrosio de Salazar, 1633: VI-n):

Pues la primera y más útil lección que se debe practicar es ganar de llegada la opinión y buena fama de los grandes y de las gentes honradas y procurar merecer las buenas gracias de las mujeres que tienen fama de dar el precio a los hombres y hacerlos pasar por tales como les viene delante, como se hallan algunas que se han ganado esta autoridad.

La espontaneidad y los impulsos reinarán en cierta medida en las relaciones entre hombre y mujeres de elite. Esto otorga a estas últimas un espacio de poder en la Corte insospechado en otros ámbitos de la sociedad francesa del Seiscientos (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 65-83). Las máscaras, los abanicos y el maquillaje servirán de disfraz para sus pugnas en un mundo desde antiguo dominado por los nobles caballeros de espada. El juego, el distanciamiento y las coacciones entre sexos marcarán la pauta de las relaciones entre las damas y los nobles en lo que se ha venido a denominar 'la alegría doliente' (Elias, 1993: 322). Nicolas Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: III-h) no dudará en advertir a su discípulo del peligro de la máscara en la mujer al referirse a 'la astucia de la hermosura y de las mujeres afeitadas' (Grieco en Duby, 1992: t. III, 68; y en este mismo volumen Grappe: 111-27):

Las mismas mujeres no pierden ellas cada día por allá lo que buscan con tanta pasión. ¿No se ven muchas que no deseen ser hermosas o a lo menos parecerlo? Y por eso cuando la naturaleza les ha faltado en este punto, hacen venir el artificio en su socorro. Y de ahí les nacen tantos cuidados redículos de dar lustre a la tez para parecer mozas, de componer sus rostros para adular sus ojos, para aderezarse los cabellos, para igualar la frente, para arrancarse las cejas para hacerse más agradables y finalmente de rehacer si pudiesen hasta las facciones y perfiles que les son estampados de la mano de Dios como caracteres que no sabrían borrar. Así se ve que esta demasiado vistosa afectación y esta voluntad desreglada que tienen de parecer hermosas hacen que aún nuestros ojos padecen mirándolas, y muestran a la clara que esta gracia que ellas estudian es una lección que no se puede aprender sino de las que parecen quererlo ignorar. Así nadie puede negar que una dama que después de haberse aderezado lo supo hacer tan discretamente que los que la consideran dudan si ella solamente ha soñado a ajustarse, no sea más linda y agradable que otra que no contenta de sentirse cargada debajo de la pompa de sus vestidos osa aún en mostrarse así enjalbegada que parece no tener sino una máscara en lugar de rostro y que no se atreve a reír con temor de hacer parecer dos. Estas son las faltas de la afectación por las cuales se puede muy bien y con facilidad conocer cuanto es contraria esta agradable simplicidad que debe resplandecer en todas las acciones del cuerpo y del espíritu.

Se había producido un cambio con respecto al siglo XIV y en los dos siguientes la situación de la mujer evolucionó de manera favorable (García Cárcel, 1989: 81-84). Tras la salida de la crisis bajomedieval se realiza un ejercicio diferenciador entre ambos sexos. Se da lugar así a un descubrimiento de las virtudes y defectos del hecho femenino, una tipificación moral opuesta a la del hombre. Mientras que la misoginia defensiva del XV estaba centrada sobre todo en la crítica de las costumbres femeninas², su defensa incidió en la

² Muestra de ello es la visión de la mujer y de sus relaciones con los hombres que Geoffrey Chaucer nos presenta en *Canterbury tales* (conjuntos de relatos en verso imitadores del *Decameron*, de los que para este trabajo hemos dispuesto de la edición de 2000) o en su libro *The boke of the dúchese* (1369); y en obras como *El Corbaccio* de Bocaccio que serviría de modelo a una literatura que fustigaría la avaricia, la vanidad y las veleidades femeninas y de las cuales contamos con el ejemplo hispano de Pere Torroella, *Copla de Maldecir mujeres*. En pleno XVII, Moliere no dudaría en ridiculizar a las denominadas por él mismo 'mujeres

homogeneidad moral que igualaba a los sexos ante la virtud y en la escenificación de la ‘mujer-musa’ de los altos ideales en novelas como la *Cárcel de amor* o *La Celestina* (García Valdecasas, 2000). Esta última muestra ambas caras, la de la mujer cargada de malicia y a su vez una sublimadora de la inteligencia femenina. Faret afirmaría por el contrario en pleno siglo XVII que la virtud de las mujeres es la misma que la de los hombres. Apoyó su interpretación en numerosos ejemplos de la Antigüedad Clásica, incluido el propio Plutarco (Ambrosio de Salazar 1633, XVII-g):

Pero es su virtud propia que respetamos, la cual tiene aún más encantos para hacerse admirar que está acompañada de las Gracias y como esclarecida de los rayos de la hermosura. En efecto ella no es en nada diferente a la de los hombres y Plutarco a causa de obstinarse y sostener que ella es la mesma y probarlo, como hace, por un gran número de ejemplos donde parece que quiera poner en comparación las más altas acciones de los hombres con las de las mujeres y conferir sus vidas como cuadros trasladados de una mesma mano sobre un mesmo original. (...) Esto no se concluye por eso que haya ni muchos valedores ni muchas prudencias, ni muchas injusticias, ni que cada una destas virtudes se pueda multiplicar en diversas especies. Pero se puede tirar de todo lo que venimos de decir que la generosidad de las mujeres es la mesma que la de los hombres y que la diferencia de su sexo no hace ninguna de sus virtudes.

Por el contrario, así se pronunciaba Maquiavelo (1513) acerca de la postura que debía adoptar el hombre frente a su futuro, en comparación a la mujer con la fortuna en su obra *El Príncipe*: “Creo que es mejor ser impetuoso que prudente, porque la fortuna es mujer, y si desea dominarla, se puede ver que se deja conquistar por el audaz más que por aquellos que actúan fríamente”, visión que en cierta medida y aunque con diferente enfoque comparte con Faret, quien ve a la mujer como inteligente y peligrosa. Recomienda a su pupilo ser prudente frente a sus sonrisas y figura. Baltasar Gracián exclamaba: ¡Oh Fortuna, tienes nombre de Mujer! A fines del Seiscientos François Poullain de

preciosas y pedantes’ en su obra *Les précieuses ridicules*, que frecuentaban los círculos y tertulias eruditas de la Francia del momento (Anderson y Zinsser, 1992: 125-52 y Mayer, 1951).

La Barre, racionalista francés seguidor del pensamiento cartesiano, escribe *De los dos sexos, discursos físico y moral donde se ve la importancia de deshacer los prejuicios* (1673) y *De la educación de las damas* (1674). Él destinará esta última obra a la discusión polémica que se cernía sobre la mundanidad del ámbito cortesano durante la segunda mitad del XVII. En aquellos momentos el debate sobre la igualdad de sexos en la educación estaba abierto y sería el inicio de una andadura crucial en los siguientes siglos en los que se defiende el desarrollo pleno del ser humano y de sus capacidades (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 105-13 y Crampe-Casnabet en Duby, 1992: t. III, 359-61). Es decir, se produce una ruptura con referencia al siglo XV y al XVI. En este contexto surgiría una dura polémica conocida como 'la querelle des femmes' (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 114-17; y Crampe-Casnabet en Duby, 1992: t. III, 339-46). En tal contexto de debate, escritores y moralistas así como gentes cercanas a los círculos mundanos toman parte activa tanto como detractores como defensores del sexo opuesto y de sus derechos, muy ligados a la posibilidad de su acceso a la educación (Reynier, 1929).

Las damas cultivadas del siglo XVI eran tanto cortesanas como plebeya, ocasionalmente judías, y monjas, aunque con mayor frecuencia laicas y nobles (Burke, 1998: 66-68). Pertenecían a familias aristocráticas que a veces suponían dinastías enteras por línea materna (Beceiro Pita en López Beltrán, 1999: 37-72). Burke opina que la lectura de *El cortesano*, como otros muchos tratados del momento, ayudó a legitimar al ámbito femenino, al cual atribuye trece cualidades básicas: la nobleza, la bondad, el buen gobierno, la prudencia, el honor, la afabilidad, la vivacidad de la mente, la fuerza del alma, la belleza y elegancia del cuerpo, la literatura, la música, la pintura y la danza.

¿Qué opina Faret al respecto? Para descifrarlo se debe de incidir en el reducido espacio del 'Círculo' y en el papel que en ese restringido ambiente jugó la conversación y la concepción del ethos femenino³.

³ La existencia del 'Círculo' en Francia se refleja ya en un texto de Leonor de Poitiers, *Les honneurs de la cour*, confirma Contamine (Aurell, 2001: 33) quien expone su evolución y la constitución de la figura de la dama y la princesa en Francia hasta la llegada de la Modernidad.

En el siglo XVI se asiste a un proceso de abstracción esencialista de la mujer, basado en el modelo de la Eva bíblica, acuñado en la tradición misógina, y el modelo de María, promocionado por los nuevos moralistas. Sin embargo ya en pleno XVII se observa el fracaso de tal programación funcional de la mujer (García Cárcel, 1989: 82-84). La revalorización de ésta y la defensa de los roles que le habían sido asignados es un hecho incontestable. Quizá por ello la literatura en unos casos se limita a registrar (Cervantes) y en otros a criticar (Quevedo)⁴. Aparecen las mujeres autónomas, suscitando temores por el destino del honor del hombre frente al poder creciente del 'Círculo' que englobaba, según la descripción de Faret a las reinas, las princesas, las damas de corte y las hijas de honor. Se reducía cada uno de estos grupos de mujeres en mayor o menor medida según su cercanía al astro central de la Reina a la cual rinden vasallaje (Ambrosio de Salazar, 1633: XVI-a)⁵:

No hay lugar donde esta manera de conversación se vea con tanta muestra y aparejo como en la Casa Real, cuando las reinas tienen el Círculo o antes muestran como una abreviación de todo lo que nunca se ha alabado de maravillas y perfección en el mundo. Cualquiera que ha leído a los poetas la magnificencia de aquellas célebres juntas que se hacían en el Cielo, cuando Juno enviaba a llamar a todas las diosas para asistir a la pompa de algún regocijo extraordinario. O bien cualquiera que ha tomado placer a considerar en una noche bien serena, la luna entre un millón de estrellas esclarecer de una resplandor tan viva y tan limpia y derramar una luz tan clara que parece que todas las estrellas que la acompañan sean otros tantos de sus rayos que va sembrando o antes sean tantas chispas de su fuego que deja caer dentro del Cielo.

⁴ Con respecto a la confrontación de ambos sexos y a la posición social frente a la figura de la mujer, se hace necesario mencionar una obra de aquel tiempo cuyo autor, François Poullain de La Barre (1675), editó en París con el título de: *De l'excellence des hommes contre l'égalité des sexes*.

⁵ En red se puede acceder al excelente trabajo de Mar Rey Bueno (<http://www.ucm.es/info/folchia/damas.htm>) titulado: *La reina nuestra señora, que Dios guarde: aspectos sanitarios femeninos en la Corte española de los Austrias*.

En la literatura de los siglos XVI-XVII, tanto en prosa como en teatro, el espíritu caballeresco que envuelve a este 'Círculo' se manifiesta sobre todo en la galantería y la adoración rendida a las damas (Barbazza y Roussel en Montandon, 1995a: 212)⁶. La escenificación de largas esperas bajo sus ventanas, las serenatas, los encuentros en la iglesia o en la calle, donde el único posible lenguaje es la mirada o un escueto intercambio verbal refinado y culto, se trasladarán a palacio, y con mayor viveza y picardía en el caso de la Corte de Francia. Aún con todo, se deja espacio para la demostración del ingenio y la discreción, plasmados en pensamientos sutiles y frases delicadas donde el doble sentido parece estar inspirado en la lectura de las andanzas caballerescas tan extendidas por las páginas de los libros que circulaban por los salones. Alcanzará un papel importante en todo ello la obra de L. Millan y la de Miguel de Cervantes.

La imagen de la mujer se sacraliza en gran medida, lo cual no supuso un remedio de su situación jurídica y política (Barbazza y Roussel en Montandon, 1995a: 218). Aunque el rigorismo moral de Castiglione parece debilitarse, en general tras Trento prevalece el ideal de la esposa cristiana vigente desde el siglo XIV y ya apreciable en la obra de Francesco da Barberino (1264-1348), *Reggimenti e costumi di donna*. El poeta italiano ya distingue en este trabajo los diferentes estados de la mujer según sea ésta joven, madura o anciana. Además limita sus funciones al gineceo interior de la casa, es decir, a su papel de esposa, de dueña del hogar y de madre educadora (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 46-64 y Hufton en Duby, 1992: t. III, 32-34 y 54-60)⁷. El propio Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-f, líneas 5-8), desde otro punto de vista, exige la honra hacia la mujer por *“reconocer el trabajo que ellas tienen en traernos nueve meses en su vientre, de sacarnos al día, de sustentarnos y*

⁶ Se recomienda consultar a este respecto el trabajo monográfico de Leonore Davidoff (1986), titulado *The best Circles*, que analiza los círculos sociales donde las mujeres cumplían una importante función con su mera presencia en ellos.

⁷ De igual manera se pronunciaría Juan Huarte de San Juan (1575), en su *Examen de los espíritus*, que volvía a incidir en el tema del pecado original de la mujer usando su autoridad religiosa en un discurso teológico secular. Luis Vives (1524), en su *Institución de la mujer cristiana* asimila de nuevo el argumento del pecado original y la visión del gineceo enclaustrado ascético y guardián de la virtud y la medida.

sobrellevar las faltas de nuestra niñez y algunas veces de nuestras edades enteras, me parece que no deberíamos estos vasallajes que hacemos a su sexo sino a nuestras madres particularmente.” He aquí el modelo de mujer barroca en Europa, aunque ya en el XVII, en el caso de los estamentos aristocráticos, el ideal se difumina y la mujer alcanza un papel importante y activo en la vida social y política del país (Schilling en Brady (ed.), 1995: 661-66). En este imaginario aristocrático las princesas y su corte de damas dejaron de ser figuras de cristal o siluetas estereotipadas, quedando inmersas en un duro entramado de correlaciones sociales y ceremoniales como agentes necesarios en la Corte (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-h):

A esto conviene añadir que sin ellas las más hermosas cortes del mundo quedarían tristes y dolientes, sin ornamento, sin esplendor, sin regocijo y sin ninguna manera de bizarría. Y conviene conceder que es su sola presencia que despierta los espíritus, pica la generosidad de todos los que tienen algunos sentimientos. Siendo esto verdad, como lo es, que son los hombres harto tontos, que podrían rehusar respetos y honras a las que les dan de la gloria o a lo menos que los inspiran el deseo de adquirirlas. Pues estos respetos consisten en una cierta expresión de humildad y de reverencia por ademanes o palabras que dan testimonio de una extraordinaria estima que hacemos de las personas con quien usamos.

¿Perdía entonces fuerza la tesis de Barberino? Quizás en la práctica, en cuanto a las mujeres pertenecientes a la elite francesa, pero no tanto en el pensamiento de una sociedad que se regía por un sistema basado en el código de honor influenciado por el humanismo renacentista y las reformas tridentinas (Barbazza, Gras y Lazard en Montandon, 1995a: 395). En Francia, en 1648, por ejemplo, la duquesa de Liancourt escribía el *Règlement donné par une dame de qualité à sa petite fille pour sa conduite et pour celle de sa maison*, en el que diferenciaba los ‘placeres criminales’ de la mujer (los bailes, comedias, ballets, las reuniones vanidosas, las excursiones, los juegos inmoderados) y los ‘inocentes’, que son los que agradan a Dios. En el capítulo titulado *De la conduite que une femme doit tenir le monde* (1648: 35), hace de nuevo

alusiones a la naturaleza débil de la mujer, que ha nacido marcada por el pecado (Anderson y Zinsser, 1992: t. I, 259-81 y Crampe-Casnabet en Duby, 1992: t. III, 346-59). Se vuelve a mostrar a una mujer en peligro frente a las tentaciones del demonio y nos ofrece un sinfín de normas que impedirían la entrada de éste en el interior del alma de la fémina: evitar las visitas de los hombres y el estar a solas con ellos en una habitación, intentar no acostarse nunca a solas en una habitación, no mostrar jamás la garganta desnuda delante de los criados ni hacer caricias suaves a su marido frente a los mismos, rechazar la moda que deja visibles los senos y los brazos, etc...

Todo ello, para la duquesa, es un reflejo del desorden interior que sufre toda mujer tentada (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 27-45). De la misma manera en 1688, J. Pic editó su *Discours sur la bienséance* en el cual consideraba que el mejor estado de la mujer es el familiar. Daba una serie de argumentos por los cuales opinaba que debía quedarse en el hogar como una posición inevitable. Sin embargo Faret proporciona una visión mucho más abierta y cree que las más castas están a menudo más sujetas a la detracción. Aconseja por ello a su honesto caballero que evite mostrarse afeminado, ridículo o fraileSCO ante ellas con los ropajes del caballero. Que olvide los modos extravagantes que ellas detestan y le exige de la siguiente manera el respeto hacia la mujer (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-d):

Demás de todos estos cuidados que se ponen a hacer el exterior agradable el primer y principal precepto que debe observar el que quiere agradar a las mujeres es de honrarlas con todos los respetos y todas las sumisiones que le sean posibles y convenientes. Es un efecto de su flojedad de ser una condición altiva como ellas son y les parece que usurpando esta autoridad que toman sobre los hombres ellas remedian en alguna manera la falta natural de su poca fuerza. Y por tanto se ve que todas las acciones que les atestiguan de la obediencia y de respeto les son tan agradables y que los tales son ordinariamente en sus buenas gracias mucho mejor que saben más humillarse y someterse en su presencia.

E impedir así vicios tan odiosos en su presencia (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-k):

Generalmente todos los vicios desagradan a las que aman la Virtud, pero particularmente ellas no pueden sufrir ni los maldicientes, ni los blasfemadores, ni los obstinados, ni los disparatados, ni los suficientes, ni como cualquiera destas imperfecciones que sea que atestiguan la tontería del ingenio.

La ‘donna gentile’ celebrada en la poesía lírica medieval se convierte en una mujer angelical (‘donna angelicata’) un “algo venido del cielo a la tierra” como representante de la perfección divina, tal como se reflejará en *Emile* y *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau (Montandon, 1995a: 397). Para Rousseau, la mujer es al mismo tiempo la emanación de la soledad corrupta y un medio de salvación para el hombre, ya que la cura está siempre en el mal. Y es que la idea de enclaustramiento de la mujer en el hogar se extiende también a la dama de palacio en la medida en que se desplazan únicamente entre los salones del mismo y los jardines que existen a su alrededor (Bury en Montandon, 1995a). Es un lugar cerrado-semiabierto, entre la sala de lectura y reuniones, los pasillos, los patios del palacio, sus jardines, las carrozas y los palacetes de otros hombres y mujeres de Corte (Anderson y Zinsser, 1992: t. I, 254-58). Pero aun con todo, en el mismo palacio los *cabinet* serán lugar de retiro y recogimiento para los hombres. Es decir, no sólo existe una mentalidad de enclaustramiento femenino, sino que Trento llenó de silencio y recogimiento el cuerpo del caballero. La reflexión será la nueva guía de los nobles y del país que gobiernan. También lo será para importantes damas como Mme. de Rambouillet, Mme. de Sablé, Mme. de Maure o la ya archimencionada Mme. de La Fayette, que son a su manera reclusas al abrigo del mundo, sabiendo amar el vivir en palabras desde las sombras (Montandon, 1995a: 400) Se comunicaban desde el silencio, donde el miedo tenía excusa en las tramas palaciegas y donde las cartas y misivas se convertían en una forma de expresión de su inteligencia y feminidad hacia el exterior de una sociedad en cambio, convulsa y llena de fuerzas vivas (Beaurepaire, 2002).

Desde otro punto de vista, J. Du Bosc, autor de *L'Honnête femme*, elaboró una nueva moral más favorable a la mujer. En ella subraya que la finalidad de su obra no era dar una serie de normas y reglas a las damas, sino aconsejarles y mostrarles las cualidades necesarias para triunfar en la vida y merecer el respeto por parte del sexo masculino. El autor creía que el humor alegre, la castidad, la prudencia y discreción, la constancia y sobre todo la inteligencia suponían las armas más eficientes que tenía toda joven mujer a su alcance: *“Il me semble que ced n'est pas assez pour une honnête femme de se rendre agréable si elle n'est discrète: les dames ne sont qu'humanies par la beauté mais elles sont comme divines par la prudence. La beauté leur acquiert de l'amour et la prudence de l'admiration. C'est la vertu qui leur donne le plus d'autorité et le plus de respect sans laquelle les autres sont sans ornement”*. Se rebela contra la manía de limitar las actividades de la mujer al simple 'hilado' y aboga por su ocupación también en tareas más elevadas. De igual manera a como lo reclamará el ya mencionado F. Poullain de La Barre, defensor de la igualdad de sexos y de la educación de la mujer. Faret exhorta a la dama a conocer cómo debe presentarse en público toda mujer que desee tener cuidado de su presencia exterior (Ambrosio de Salazar, 1633: XVI-h):

El primer cuidado que debe tener el que quiere comunicar los gabinetes y los estrados y arrojar en el entretenimiento de las mujeres es de hacer su presencia agradable. Porque la primera cosa que ellas consideran en un hombre es su garbo y la acción exterior que Cicerón llama la 'elocuencia del cuerpo'. No la divide sino en dos partes, el gesto y la voz. Pero al sujeto que tratamos conviene añadir el hábito y la composición del cuerpo mesmo que debe ser de una estructura bien formada y bien proporcionada o a lo menos que no haya nada que de llegada arroje los ojos de los que la miran.

En resumen, se aprecia cómo a la mujer se le acota su espacio de acción y decisión en un primer momento entre unos límites infranqueables que reflejan el 'estado para el que ha sido hecha'. Sin embargo, las damas de la nobleza francesa van alcanzando su propia postura en virtud del poder que ostentaban muchas de ellas debido al linaje que las cobijaba (Anderson y Zinsser, 1992: t.

I, 282-90). El argumento fundamental que se esgrimía desde las posturas más misóginas era el de las leyes de una sociedad que buscaba la armonía con las de la naturaleza y se refugiaba en la teoría del pecado que hacía a la mujer figura del amor, el sufrimiento y el servicio cristiano (Montandon, 1995a: 405) Las damas acabarían encontrando en las reuniones y juegos de salón, en las epístolas y en la conversación un ámbito libre. Sin ostentación alguna hacían renacer su erudición y poder (Ambrosio de Salazar, 1633: XVI-e):

Es allí sin duda el gran teatro de la conversación de las mujeres, pero la extraña confusión del mundo que se ve, sobre todo a estas magníficas horas de la noche, es tan importante que los mejores entretenimientos no se sienten. Una buena compañía no es tan presto formada que luego no sea sucia de llegada de cualquier enojo, o que la dulzura no sea turbada por la presencia de alguna persona de gran calidad, o del todo atormentada por la vecindad de algunas espías de Corte, que tienen orejas mercenarias, y no se sirven sino como los médicos hacen de las sanguijuelas.

La expresión femenina es por ello reconocida y se intenta canalizar de nuevo. Se le exige mostrar siempre sus cualidades naturales, es decir: la modestia, el silencio, su feminidad. Se le reprocha su falta de dominio sobre su boca y sus palabras y así nos lo refleja Faret al hablar de las palabras como segunda división en la vida (Ambrosio de Salazar, 1633: VII-k):

Después de las acciones viene las palabras que hacen la segunda parte de nuestra división, y son el mayor y más ordinario tráfago de la vida de los hombres. Es aquí particularmente el reino de la memoria porque demás que es della que depende esta agradable facilidad de declararse que se nota en muchas personas y que admiramos en las mujeres, en quien principalmente ella abunda; prevé aún a ojos vistas esta grande multitud de cosas que sirven de sustento al entretenimiento.

Sólo aquella que sepa sugerir sus cualidades a los hombres será reconocida como una verdadera dama de palacio. Se le deja en cierta medida activa pero enclaustrada en las novelas y el arte del diálogo menor y mundano que muchos

criticaban pero que resultaba en principio inofensivo al estamento masculino (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 108-15). Así se refiere Faret a la distinción entre la conversación de los hombres y la de las mujeres (Ambrosio de Salazar, 1633: XVI):

La de los hombres es más vigorosa y más libre y porque es ordinariamente llena de materias más macizas y más graves miran menos a las faltas que se cometen que las mujeres, que teniendo el ingenio más presto y no habiéndolo cargado de tantas cosas como ellos, paran mientes más presto en las faltas pequeñas y son más prestas a realzarlas.

En 1608, Fabrice Campani publicaba en París un esquema de las reglas de comportamiento bajo el título de *La Vie Civile*, en cuyo artículo “Femme” (1608: 193) desarrollaba las normas de conducta de toda dama de corte cristiana:

Les femmes honnêtes doivent éter fort humbles en leurs paroles, en leurs habits, en leurs allures, en toutes leurs actions. Elles doivent donner pour fidèles compagnes à cette humilité, la bonne grâce et l’obéissance en toutes choses qui ne répugnent point aux lois de Dieu ni moins à leur honneur. Elles doivent parler fort peu, une pudeur naturellement amie doit embellir le visage. Il faut qu’elles rient et pleurent aux ris et larmes de leurs maris, jamais les petites impatiences d’un mari ne doivent obscurcir le ciel de leur visage d’un dédain...

En la misma década en que era editado en castellano *El Hombre honesto* de mano de Ambrosio de Salazar, la holandesa A.-M. de Shurman (1646), escribía su *Question célèbre s’il est nécessaire ou non que les filles soient savantes*. En este libro defendería, frente a muchos que opinaban que el conocimiento era privativo de los hombres, que las mujeres también tenían derecho a él, al igual que argumentaban Poullain o Condorcet. Alega que: “*Je voudrai bien savoir quel est le véritable devoir et le juste emploi d’ue fille bien née (...). Je ne sais pas pourquoi on voudrait priver les filles du plus beau de tous les ornements*”. Y es que la polémica, ‘la querelle des femmes’, impresa en la obra de Nicolas

Faret, seguiría abierta hasta el siglo XX, con mayor o menor incidencia (Anderson y Zinsser, 1992: t. II, 114-17). Se puede apreciar cómo se va tejiendo ya en plena Modernidad una especie de mito sobre la mujer como soberana en materia de costumbres y buena educación. Sin embargo, esta visión no es más que el reflejo de un discurso que opone lo masculino y lo femenino, dictado por el poder político y social de los hombres del momento (Barbazza, Grassi y Lazard en Montandon, 1995a: 412-13). Es por esta cuestión por lo que las reglas de comportamiento dictadas a las mujeres a través de los siglos deben leerse aún en términos adscritos a los espacios de poder masculinos.